

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ACTAS DE LAS I JORNADAS DE
METODOLOGIA APLICADA DE LAS CIENCIAS HISTORICAS

IV
HISTORIA
CONTEMPORANEA



FUNDACION "JUAN MARCH"
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

© *Universidad de*
SANTIAGO DE COMPOSTELA

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ACTAS DE LAS
I JORNADAS DE METODOLOGIA APLICADA
DE LAS CIENCIAS HISTORICAS

IV
HISTORIA CONTEMPORÁNEA



Biblioteca de Depósito

FUNDACION "JUAN MARCH"
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

TEMA 5.2.

Los movimientos subversivos en la
época romántica.

LOS MOVIMIENTOS SUBVERSIVOS EN LA EPOCA ROMANTICA.

Por J. L. COMELLAS (Univ. Sevilla)

Cuando el profesor Duroselle califica el período cronológico comprendido entre los años 1815 y 1849 como “la era de las revoluciones”¹, está enmarcando un lapso que muy bien podemos aceptar como eje temporal de nuestro tema. Hubo revoluciones o intentos de revoluciones en todas las épocas; pero tal vez, para el mundo occidental —Europa y América— nunca pudieron contarse tantas como en los treinta y cuatro años comprendidos entre las fechas que se acaban de citar. Tampoco sería absurdo tomar las mismas fechas como cauce principal de “la era romántica”, por más que la fenomenología del romanticismo desborda también esos hitos, y que no pueden tomarse, como todo hito en Historia, sino en cuanto indicativo aproximado y orientador.

Acotado el campo histórico, parecen necesarios, para ir entrando en cuestión, algunas precisiones de concepto.

Movimientos revolucionarios.

Quizá ningún modelo histórico ha suscitado tanta literatura analítica como el designado genericamente por la palabra *Revolución*². Este interés por el estudio del fenómeno revolucionario puede explicarse por la

¹ Vid. J. B. Duroselle, *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, coleccion “Nueva Clio”, Barcelona, 1967. p. 14 ss.

² Entre las monografías destinadas a estudiar el fenómeno revolucionario o su etiología, podemos recordar, a modo de ejemplo, las de A. Bauer, *Essai sur les Révolutions*, París, 1908; C. Brinkmann, *Soziologische Theorie der Revolution*, Göttingen, 1948; C. Brinton, *Anatomía de la revolución*, Madrid, 1962; L. P. Edwards, *The natural history of Revolution*, Chicago, 1927; J. H. Elliott, R. Mousnier, M. Raeff, J. W. Smit, L. Stone, *Revoluciones y rebeliones en la Europa moderna*, Madrid, 1972; E. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Madrid, 1964; E. Labrousse, *Comment naissent les révolutions*, en “Actes du Congrès de la Révolution, de 1848”, París, 1949; J. J. Maguire, *The philosophy of modern Revolution*, Washington, 1963; G. S. Petee, *Le phénomène révolution*, París, 1940; R. M. Postgate, *How to make a revolution*, Nueva York, 1934; R. Reglá, “Los movimientos acelerados en la Historia”, en *Introducción a la Historia*, Barcelona, 1970. 122 ss.; N. Smelser, *Theorie of collective behavior*, Londres, 1962; P. A. Sorokin, *Social and cultural Dynamics*, Nueva York, 1934 (parcialmente vertido al castellano, México, 1964); L. Stone, *Theories of Revolution*, en “World Politics”, n.º 18, 1966; V. Titone, *Teorica della Rivoluzione*, Palermo, 1944; J. Vicéns Vives, *Ensayo sobre la morfología de la revolución*, en *Obra dispersa*, Barcelona, 1967, 301-323. Esta lista no puede ni pretende ser exhaustiva.

importancia del tema en sí, por la vigencia que en nuestro siglo XX plantea el conocimiento de las realidades y las técnicas revolucionarias, o, simplemente, porque la figura "revolución" se deja encerrar en un esquema con mayor facilidad que otros tipos de hechos históricos.

"*Revolución*", expone uno de sus más conocidos teóricos, C. Brinton, "es una de las palabras más ambiguas: la gran revolución francesa, la revolución americana, la revolución industrial, una revolución en Honduras, una revolución social, una revolución, en nuestro pensamiento, en el vestuario femenino, o en la industria del automóvil..."³.

En sus líneas más generales, la palabra puede tomarse en dos sentidos: uno estricto, como acto violento contra el poder constituido; y otro lato que podría quedar definido por el concepto que de lo revolucionario expresaba St. Simón: muchos cambios en poco tiempo; o, como hoy se dice, un *proceso acelerado* en el fluir de la Historia⁴.

De acuerdo con el sentido estricto, que es a todas luces el que mejor corresponde al título de esta ponencia, parece que se ha limitado a veces muy considerablemente el campo reservado a la palabra *revolución*. Sigmund Neumann ha definido el fenómeno revolucionario como "un cambio de gran alcance y fundamental en la organización política, en la estructura social, en el control de la propiedad, y en el mito predominante de un orden social, lo cual denota interrupción drástica en la sociedad". Y continúa precisando —en palabras que el respeto a la brevedad no nos permite seguir traduciendo— el concepto de revolución como un vuelco, radical y trascendental⁵. Es evidente que, de acuerdo con esta definición solemne, revoluciones ha habido muy pocas, y apenas encontraríamos ejemplos para el período que nos corresponde comentar.

Un sentido similar puede encontrarse en las palabras de Forster y Greene, al parafrasear el concepto de revolución expresado por Kamenka: "todo cambio o intento de cambio brusco y profundo en la ubicación del poder político, que implique el uso o la amenaza de la violencia, y que, si tiene éxito, se traduce en la transformación manifiesta, y tal vez radical, del proceso de gobierno, de los fundamentos aceptados de la soberanía o la legitimidad, y de la concepción del orden político y —o— social⁶. Por supuesto, la concepción de la revolución como algo grandioso y profundo por naturaleza, obliga a tales autores a alinear fenómenos como los *coups d'Etat* o las *jacqueries* —urbanas o rurales— fuera del ámbito que enmarca el hecho *revolución*.

Sin embargo, no está de más aquí recordar que el sentido que hoy se da comúnmente a esta palabra es moderno y producto en parte de una miti-

³ C. Brinton, *Anatomía de la revolución*, edic. cit., 15.

⁴ Vid. la exposición del asunto en J. Reglá, "Los movimientos acelerados en la Historia", en *Introducción a la Historia*, edic. cit., 222 ss.

⁵ S. Neumann, *The International Civil war*, en "World Politics", n.º 1, 1949.

⁶ Cfr. E. Kamenka, *The concept of a political revolution*, en "Revolution", edit. por C. F. Friedrich, Nueva York, 1966, 124. Retoman y amplían esta definición R. Forster y P. Greene en *Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna*, Madrid, 1972, 12.

ficación histórica, como finamente apuntaba hace años el profesor J. Vicens Vives: recordando que los mismos franceses de 1789 no solían hablar de *Revolución*, sino de *les revolutions*, individualizando las conmociones o sucesos que presenciaban⁷. Revolución era entonces, simplemente, igual a revuelta. Y evitando todo peligro de relativismo semántico, Vicéns prefiere dar de revolución la definición más corta que se ha formulado jamás: “ruptura del equilibrio histórico”⁸.

Duroselle, que también se inclina por la definición breve —o, lo que es casi lo mismo, por la amplitud de campo—, ve en una revolución “una tentativa para sustituir el poder establecido por otro poder mediante la utilización de medios ilegales”. Aquí entra un elemento nuevo, la ilegalidad, cuya introducción puede resultar sumamente útil en el cuadro de nuestro estudio. “Estos medios —sigue escribiendo el mismo autor— implican, generalmente, la violencia, pero podemos hallar casos exrtemos en que no es necesario ejercerla. Lo que constituye el fundamento esencial de la revolución es la ilegalidad”⁹. Puede haber revoluciones no violentas (por razón del método, o por la inmediata abdicación del Antiguo Régimen); pero no puede haber revoluciones “legales”. Entendiendo aquí, por supuesto, que legalidad o ilegalidad no implican juicio de valor, sino fidelidad o infidelidad al sistema legal —justo o injusto— previamente establecido. Esta idea está en íntima relación con el concepto de *guerra interna*, introducido por H. Eckstein¹⁰, entendido como “recurso a la violencia dentro de un orden político para cambiar una constitución, sus dirigentes o su política”. Cuando las distintas fuerzas que constituyen la entidad política o social de un país no encuentran fórmulas de entendimiento o prescinden de ellas y suspenden el diálogo, se llega a la guerra interna. La forma más aguda y manifiesta de guerra interna es la revolución. Y si las fuerzas encontradas son equiponderables y capaces de enfrentarse por un prolongado espacio de tiempo, la guerra interna puede hacerse guerra civil.

Todas estas nociones pueden sernos de franca utilidad en el estudio de los movimientos subversivos en la época romántica, cuando la labilidad de lo legal, lo radical de las posturas, la multiplicación sectorial de las fuerzas políticas o sociales y el exacerbamiento de las pasiones conducen con facilidad al estado de “guerra interna”. La era romántica es pródiga en situaciones históricas como la que Eckstein o Stone consideran “precondiciones” o “precipitantes” de una revolución¹¹. Tenemos, en primer lugar, que ha habido una gran ruptura previa, la *Revolución* por antonomasia y con mayúscula, que a fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX ha rasgado los presupuestos que durante siglos habían informado las estructuras propias

⁷ *Ensayo sobre morfología de la revolución*, en “Universidad”, XXIV, Zaragoza, 1947, 577-612. Reproducido en *Obra dispersa de Vicéns Vives*, Barcelona, 1967, 301 ss. Tomamos de esta última, pág. 301.

⁸ *Ibid.*, 303.

⁹ J. B. Duroselle, *Europa...*, 158.

¹⁰ Cfr. H. Eckstein, *Internal War*, Nueva York, 1964; del mismo autor, *On the ethiology of internal war*, en “History and Theory”, 1965.

¹¹ Además de los citados trabajos de Eckstein, vid. L. Stone, *Theories of Revolution*, en “World Politics”, 18, n.º 2, 1966.

del Antiguo Régimen para erigir una nueva realidad histórica. Esta nueva realidad histórica o Nuevo Régimen, es, al menos en sus formas externas, más frágil que el edificio destruido. La Revolución, al acabar una secular incontestabilidad del poder, y al hacerlo todo, por *principio, discutible* posibilitó e hizo obvias, en adelante, nuevas revoluciones. Por otra parte, los profundos cambios estructurales, los reajustes en los cuadros sociales y en la distribución de las fortunas; la distorsión de los grupos humanos, de la cultura, de los intereses, de las fronteras entre las naciones, y, en suma, la dinámica inquieta y hormigueante abierta por el primer ciclo revolucionario y las guerras que seguirían —especialmente, en Europa, las napoleónicas— predispusieron a tensas situaciones de fondo (*precondiciones*) o a hechos concretos capaces de suscitar la protesta de determinados grupos (*precipitantes*); y por consiguiente abocaron a una era de numerosos —grandes o pequeños— sucesos revolucionarios.

Las formas de manifestación de estos sucesos revisten la más amplia variedad, y parece que una de las tareas más inmediatas de los historiadores, en orden a su correcta clasificación, ha de ser el establecimiento de “modelos” o esquemas en los que diversos grupos de aquéllos puedan encajar adecuadamente¹². Y a cada modelo será preciso aplicar un nombre que quede en adelante limpio de anfibologías e indeterminaciones. Si, como acabamos de ver, el término *revolución* se ha tomado, hasta por los especialistas, en los sentidos más diversos, y aún no nos hemos puesto de acuerdo sobre los límites exactos de su significado, menos se ha precisado aún el concepto de “variedades revolucionarias”, tales como la *revuelta*, la *jornada*, el *motín*, el *pronunciamiento*, el *coup d'Etat*, el *putsch*, el *movimiento*, la *algarada*, el *alzamiento*, el *golpe* (revolucionario), la *insurrección*, etc., etc. En unos casos, tenemos la impresión de que varios términos son sensiblemente sinónimos; en otros, reconocemos la existencia de variaciones modales a veces muy importantes; pero no sería fácil lograr unanimidad acerca de cuáles son esos matices de variedad. Parece que se impone, ante todo, el establecimiento, lo más objetivo posible, de modelos, de acuerdo con los hechos y situaciones más repetidas; luego, la aplicación a cada cual de un nombre, el que por la costumbre, la etimología, o la semántica, mejor parezca corresponderle.

El acelerador romántico.

Ya hemos adelantado que una posible explicación al ritmo acelerado con que se suceden los movimientos subversivos entre 1815 y 1850 está en la tendencia a la exaltación propia de la era romántica. Con todo, hemos de guardarnos de establecer entre ambos aspectos de la historia de enton-

¹² Las más conocidas clasificaciones de tipología revolucionaria atienden más bien a factores etiológicos o a causas motrices, como la tan repetida de Labrousse: a) endógenas-exógenas; b) golpes de Estado-revoluciones de masas; c) espontáneas-preparadas..., a las que Duroselle añade otros posibles elementos de clasificación: d) cortas-largas; e) políticas-sociales-nacionales; f) urbanas-rurales; etc. Como puede obser-

ces —las revoluciones y el romanticismo— una rigurosa relación de causa a efecto. La exaltación de los ánimos puede provocar determinadas situaciones; pero también determinadas situaciones pueden haber contribuido a provocar la exaltación de los ánimos; a la cual, con referencia a cierta época, hemos dado en llamar romanticismo.

Por otra parte, el fenómeno romántico es excesivamente complicado como para que podamos reducirlo a, una simple tendencia a la exaltación —hay quien ha destacado su aspecto “apacible”, o hasta su “clasicismo”— para que podamos encerrarlo en una fórmula simplista¹³. Justamente en lo que están de acuerdo todos los analistas de lo romántico es en la dificultad de su definición y de su reducción a la unidad. Como se trata de una manera de sentir y no de un sistema de pensamiento, el romanticismo en su conjunto carece de lógica, y caben en él todas las contradicciones. Para más, el nacionalismo y el individualismo concomitantes actúan como otros factores de fragmentación; por lo que no es difícil acabar concluyendo, como ha dicho Brémond, que “existen tantos romanticismos como románticos”.

Tampoco es fácil desechar del todo la acusación de quienes ven en la idea habitual sobre el romanticismo un artificio conceptual, una “etiqueta”, o la de quienes tratan de limitar el fenómeno a lo puramente literario; limitación esta última que el profesor Vicens Vives encontraba sumamente empobrecedora de nuestra misión del pasado decimonónico¹⁴. Hay historiadores de la literatura, tal Van Tieghem, que admiten la expansión de lo romántico a todos los campos como resultado —en palabras del citado autor— de un “carácter previo” y de un “estilo de vida”¹⁵. Lo que aquí nos importa es que en la primera mitad del siglo XIX es fácil advertir en Occidente una tendencia a la libertad vital al desbordamiento apasionado, a los valores del sentimiento y de la imaginación; y también a la ruptura de muchos cánones establecidos —incluso algunos de los que establecieron los revolucionarios de 1789—, que ahora se ven en exceso convencionales. La lucha contra los “filisteos” contra la *Schlamperei* o rutina, es una de las constantes del movimiento romántico.

El romanticismo, como es sabido, cuenta con una vertiente tradiciona-

base, predomina la tendencia a las divisiones alternativas. Cf. E. Labrousse, *Comment naissent les révolutions*, en “Actes du Congrès de la Révolution de 1848”, París, 1949, 3; y J. B. Duroselle, *op. cit.*, 161-162. Vid. tb. A. Cobban, *Historians and the causes of the French Revolution*, Londres, 1958; y K. Griewank, *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff*, Weimar, 1955.

¹³ Como análisis del fenómeno romántico, y su circunstancia, podríamos señalar, entre otros, los de E. Aunós, *Romanticismo y Política*, Madrid, 1951; A. Farinelli, *Il Romanticismo nel mondo latino*, Torino, 1927; H. Joussain, *Romantisme et politique*, París, 1925; E. Tronchon, *Romantisme et préromantisme*, París, s. a. (de las “Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg”); P. Van Tieghem, *Le mouvement romantique*, París, 2.^a edic., 1925; J. Vicens Vives, *El romanticismo en la Historia*, en “Obra dispersa”, Barcelona, 1967, 324-335.

¹⁴ J. Vicens Vives, *El romanticismo en la Historia*, en “Obra dispersa”, Barcelona, 1967, 324 ss.

¹⁵ Cfr. P. Van Tieghem, *Le mouvement romantique*, París, 1925; *L'ère romantique*, París, 1948.

lista, que, al objeto del presente trabajo, nos interesa mucho menos que su contraria, por más que sus elementos no sean totalmente ajenos a la idea de revolución: de hecho, los integristas en Francia, los carlistas en España, los miguelistas en Portugal, protagonizaron movimientos subversivos de indisimulable prosapia romántica. Pero las revoluciones propiamente dichas, las conspiraciones, pronunciamientos, motines y *jornadas* que jalonan el calendario de Europa, o de Iberoamérica, entre 1815 y 1850, son en su inmensa mayoría de carácter liberal o liberalizante. Ya en el tan asendereado prólogo de *Hernani* (1830) afirmaba Víctor Hugo que "le romantisme n'est que le libéralisme en littérature"; aserto que más de una vez ha sido vuelto del revés para hallar su expresión complementaria: el liberalismo no es más que el romanticismo en política. Incluso antes, en 1825, escribía Ludovic Vitet que "le goût en France attend son 14 juillet". Este sentido protestario, violento, arrojado y combativo encontrará su forma más obvia de desahogo en la infinita gama de sucesos revolucionarios de la época. "Les militants du libéralisme —advierte Pontéill— puisent dans la tradition révolutionnaire et imperiale le goût de la bataille. Sans doute, faut-il y voir le point de départ des révolutions et des echauffourées qui ont rythmé la vie politique et sociale du XIX siècle. Le peuple se portera sur les barricades; la bourgeoisie s'enfermera pour la Garde Nationale. Un sang fiévreux court dans les veines de la jeunesse... La bataille romantique en sortira. Le romantisme es un jaillissement: puisque l'excès de l'action est périmé, on se tourne vers l'excès de la parole. Et ce sera le goût de l'inmen-se et du titanique"¹⁶.

Es el mismo autor quien, (junto a la tendencia a lo visionario y a lo maravilloso, alinea, en el vuelco del romanticismo a la vida pública, la *exaltación* del héroe, al que convierte casi en un mito, y que personifica a la nación entera. Pero, dentro de la misma línea, la simbología romántica puede llegar a la mitificación de lo colectivo. "El panteísmo político, es decir, el hecho de considerar los grandes conglomerados sociales como más cercanos al espíritu de Dios que a la persona individualizada, es otra aportación romántica, persistente incluso en nuestros propios tiempos... A la entidad genérica pueblo se la supone depositaria de esencias semidivinas... las palabras *pueblo*, *popular* y *populista* forman parte del *páthos* romántico, y tienen un significado completamente distinto del que tuvieron en épocas anteriores"¹⁷. Por el camino del populismo llegaría el romántico, como conclusión lógica, al nacionalismo.)

No es posible detenerse aquí a analizar el fenómeno nacionalista¹⁸ concomitante con la época romántica y revolucionaria. Pero ya se trate del

¹⁶ F. Pontéil, *L'éveil des nationalités* (1815-1848), (tomo XV de "Peuples et Civilisations"), París, 1960, 209.

¹⁷ E. Aunós, *Romanticismo y Política*, Madrid, 1951, 35.

¹⁸ Sobre el nacionalismo europeo —o, en su caso americano— de la época romántica, pueden consultarse repertorios como los de K. S. Pinson *A bibliographical introduction to Nationalism*, Nueva York, 1935; K. W. Deutsoch, *Interdisciplinary Bibliography on Nationalism*, Cambridge, U. S. A., 1953; o monografías como las de M. Boucher, *La sentiment national en Allemagne*, París, 1947; C. M. Hayes, *The his-*

nacionalismo voluntarista de la escuela francesa, o del nacionalismo vitalista de la alemana¹⁹, este nuevo elemento potencia y complica todavía más el marco revolucionario. (En el occidente de Europa, el nacionalismo tiende a sustituir el concepto de reino por el de nación, en el centro y zonas del Este, a expulsar dominios exteriores, o a integrar patrias divididas; en algunos sitios —tal el Norte de Italia— a estos dos últimos objetos a la vez. Pero el medio de realizar el fin nacionalista es también, y casi siempre, la revolución.)

Pero al estudiar los movimientos subversivos en la época romántica no basta considerar el romanticismo como un elemento ambiental incitador o acelerador, sino que es preciso entender también su papel modificante. La mentalidad de la época, además de favorecer las rebeldías, las tiñe de un tono especial. Valdría la pena realizar, creemos, un estudio comparativo de una serie de elementos —el motín, la conjura, la proclama, etc.— en diversas épocas, para llegar a determinar el carácter distintivo de cada uno de ellos en cada una de ellas. Por de pronto, lo romántico se revela enseguida en la afición de los revolucionarios de 1820 ó 1840 al misterio y al símbolo: dos objetos que encontrarán simultáneamente en las sociedades secretas, a las que hemos de dedicar por fuerza un espacio en el apartado siguiente. En el quehacer revolucionario cobra una dimensión especial la *conspiración*: no ya como medio de concertar personas y planes con vistas al golpe que se va a descargar, sino como rito solemne y casi mágico. Quizá la figura más claramente dibujada del revolucionarismo romántico, sea la del *conspirador*, profeta oculto lleno de mesiánicas esperanzas. “El conspirador romántico —ha dicho J. M. Jover... bebe, del Romanticismo, la pasión... la pasión intelectualizada de emoción y sentimentalismo, que se resolverá en juramentos lacrimosos”. “El conspirador romántico aporta a la lucha política emoción, entusiasmo y algunas ideas. Aportará también... una impecable estética de la muerte”²⁰. Estética que podemos encontrar reflejada en el cuadro en que Gisbert representa el fusilamiento de Torrijos ¡qué distinta del desgarramiento de las escenas del 3 de mayo pintadas por Goya!—, o que representan a Beltrán de Lis corrigiendo al verdugo que cita equivocadamente su nombre, Porlier redactando su propio epitafio al pie del cadalso, o Lacy arengando a las tropas que van a ejecutarle. Es el mismo gesto heroico de Foy tras los Cien Días, imitado luego por los sonoros gritos de Didier o Berton, o el de Gomes Freire y sus compañeros, qua hallan la muerte entre voces patrióticas junto al estruendo de las olas²¹.

torical evolution of modern nationalism, Nueva York, 1948; E. Kedourie, *Nationalism*, Nueva York, 1960; H. Kohn, *Nationalism, its meaning in History*, Princeton, 1955; E. Lemberg, *Geschichte des Nationalismus in Europa*, Stuttgart, 1959; K. S. Pinson, *Nationalism in the Western World*, Washington, 1959; G. Weill, *L'Europe du XIX siècle et l'idée de nationalité*, Paris, 1938.

¹⁹ J. B. Duroselle en *Europa...* 22; y Ch. Pouthas, en *El cénit del poder europeo*, tomo X de la *Historia del Mundo Moderno* de Cambridge, Barcelona, 1970, 288, establecen la distinción en breve síntesis y de acuerdo con un esquema muy similar.

²⁰ J. M. Jover, *Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1952, 20-21.

²¹ Para el caso español, vid. mi monografía *Los primeros pronunciamientos en España*, 106 ss. Para el francés, R. Sánchez Mantero, *Las conspiraciones liberales en*

Al margen de la estética de la muerte, la esperanza ilimitada en la vida. Vicéns ha anotado como connatural al romanticismo la ciega confianza en el porvenir, que se manifiesta hasta en un incremento de la tasa de natalidad, pese a todas las condiciones desfavorables²². (El romántico que no vive nostálgicamente en el pasado, vive proyectivamente en el futuro, idealizado e irreal, carente de otra base que sus sueños. "Lo que define al político romántico, como ha observado Brunschwig, no es un ideario sino un estilo de acción anclado en una *interpretación milagrosa de la vida*. No se preocupa de lo que hará al día siguiente del triunfo, si es que el triunfo llega..."²³. Que no llega, muchas veces, aunque el conspirador romántico está plenamente convencido de que llegará. Rasgos asombrosos de imprevisión respecto del futuro encontramos en el pronunciamiento de Polier (1815), o el de Valencia en (1819), lo mismo que en las complejas tramas portuguesas del Sinedrio (1820). Respecto de la conspiración del Bazar en Francia (agosto 1820) expone Sánchez Mantero que "el complot estaba en marcha, y aún los conjurados no sabían a ciencia cierta cuál era la finalidad que los llevaba al pronunciamiento"²⁴. ¿Y no demuestran una admirable ingenuidad en la imprevisión acerca de lo que hay que hacer al día siguiente del triunfo, incluso aquellas revoluciones que lograron prevalecer, como la española de 1820 o la francesa de 1830? También para el caso italiano de 1820, parece que podría hacerse similar afirmación, sobre todo por lo que respecta al Piamonte.

Imprevisión que no sólo afecta al programa postrevolucionario, sino a la programación del propio movimiento. Espoz y Mina no contaba más que con dos oficiales adictos cuando decidió el asalto a Pamplona, en septiembre de 1814; Richart se lanzó a una intrincada aventura de secuestro de Fernando VII que no tenía una salida lógica. Torrijos o Gomes Freire corrieron con los ojos vendados tras unas quiméricas promesas que carecían de consistencia; de Didier ha podido escribirse que "no hay más remedio que achacar a la ingenuidad de este personaje su entusiasmo en una empresa que tan escasas probabilidades tenía de triunfar"²⁵. Santarosa describe lo tremendamente fácil que hubiera sido imponer un nuevo régimen en Turín en 1821. Todo hubiera salido, con asombrosa naturalidad a pedir de boca, si no hubiera sido —siempre hay alguien que, individualmente, tiene la culpa—, por la inacción y las reticencias de Carlos Alberto, que condenaron los planes a la esterilidad²⁶.

La "interpretación milagrosa de la vida" puede constituir también un importante factor de mitificación. A la glorificación del héroe, o a la del pueblo, corresponde la glorificación de su obra; la revolución queda sacra-

Francia (1815-1823), Sevilla, 1972. En Francia, "los conspiradores sacrificados muestran ese espíritu romántico, de heroísmo ante la muerte". Vid. tb. R. Brandão, *Gomes Freire e as virtudes da raça portuguesa*, Coimbra, 1920.

²² *El romanticismo en la Historia*, edic. cit., 325-326.

²³ J. M. Jover, *Conciencia obrera y conciencia burguesa...* 20.

²⁴ *Las conspiraciones liberales en Francia*, 145.

²⁵ *Ibid.*, 135.

²⁶ Vid. S. de Santarosa, *De la Révolution Piémontoise*, Paris, 1822, 171 ss.

lizada, y su fecha inscrita en caracteres rojos sobre el calendario: se ha alcanzado así la mitificación de la *jornada*, palabra que ya resulta válida por lo menos desde la época de *las tres gloriosas*. Aunque —¿valdría la pena ponerse a averiguar por qué?— lo que ha acabado dando nombre histórico a los hechos no es el día en que se produjeron, sino el mes: la revolución de *Julio*, la revolución de *Febrero*, el *decembrismo*, la *abrilada*, la *septembrizada*.

El misterio, la conjura, la exaltación del héroe, la tendencia al símbolo y al mito, la interpretación milagrosa de la vida, la estética de la muerte, la ingenua improvisación, la desproporción entre los medios y el fin: otros mil rasgos podrían encontrarse, sin duda, como privativos, o más bien como dominantes en la caracteriología de los movimientos subversivos en la época romántica. La limitación de este trabajo apenas permite iniciar el análisis. Pero es preciso abrir caminos en varias direcciones, para llegar a establecer concordancias ciertas entre los movimientos de la época, y divergencias respecto de los de otras épocas. Duroselle coloca el límite posterior de la revolución romántica en los epígonos del 48. Hasta aquí encuentra “una especie de manifestación trágica del romanticismo”. En adelante, el cuadro será distinto: “sucederán a este romanticismo, después de 1860, con una evidente falta de respeto a “las viejas barbas del 48”, actitudes psicológicas a la vez más cínicas y más realistas”²⁷. Las revoluciones continúan, aunque su ritmo tiende a disminuir. Pero muchos de sus rasgos han cambiado, porque han cambiado los tiempos. Nos encontramos ya en un campo de estudio distinto.

Fuerzas motrices y coadyuvantes.

El romanticismo, como actitud o mentalidad colectiva, puede ser un elemento acelerador; pero el mecanismo revolucionario en sí, durante la época romántica, ha de obedecer a otros factores. No cabe en este trabajo siquiera señalarlos, sino apuntar hacia unas cuantas direcciones que pueden ser útiles en la investigación. Dentro de la “teoría de la revolución”, ningún campo ha sido tan desarrollado por los historiadores como el de las causas. No ha terminado, ni es probable que termine en mucho tiempo la polémica sobre la prioridad de los factores ideológicos o socioeconómicos; ni tampoco la que existe entre los defensores de la “espontaneidad” y los del “complot”²⁸. Lo único cierto es que tiende a abandonarse cada vez más la visión simplista que nos presenta al fenómeno revolucionario dependiente de un factor único. Labrousse ha dejado en claro que una revolución profunda ha de obedecer, como mínimo a un triple haz de causas, políticas, sociales y económicas. Brinton se complace en reproducir una frase de Trotsky: “En realidad, la mera existencia de privaciones no es bastante para provocar

²⁷ *Europa...* 150.

²⁸ Un esquema para una posible clasificación de las causas de la revolución —que aunque centrado en torno a la francesa de 1789 puede aplicarse a otros casos— se encuentra en la obra de A. Cobban, *Historians and the causes of the French Revolution*, Londres, 1958.

una insurrección; de lo contrario las masas siempre habrían estado en agitación”²⁹. Pero al mismo tiempo, ningún ideologista —incluyendo por supuesto, al propio Brinton— se atreve a negar el importante papel del factor económico en el fenómeno revolucionario.

Parece que contribuye a una mejor comprensión y clasificación de esos factores la división entre “precondiciones” y “precipitantes” o hasta incluyendo, de acuerdo con Stone³⁰, como un tercer grado de concreción, los “disparadores”. En cierto sentido, podríamos asociar las precondiciones a las estructuras, los precipitantes a las coyunturas, y los disparadores a los acontecimientos; sin que sea posible, al menos mientras no se clarifique la acepción exacta de estos términos, una estricta homologación, ni mucho menos. Tampoco parece que el factor económico deba ser considerado en sus aspectos puramente negativos. De hecho, muchas revoluciones han estallado en épocas de expansión; y es más, la tesis de Vigilio Titón —bastante discutida, por otra parte— pretende que sólo en esas fases es posible una revolución, en tanto que la contracción económica favorece la tendencia al “retorno” y a lo dogmático, con lo que refuerza los resortes físicos y morales del poder³¹. Sin caer en tales extremos “parece que no son necesariamente los zarpazos de la miseria lo que las produce (las revoluciones); mucho más decisiva es, en el planteamiento de una explosión revolucionaria, la lucha por el reconocimiento *de jure* de una situación de hecho”³². Y efectivamente, es frecuente encontrarse en la Historia casos en los que “en una economía en expansión, una clase nueva en ascenso puede tratar de adueñarse del poder político que antes le negara una política anticuada”³³. Este mecanismo puede tener bastante relación con el *principio de las expectativas frustradas*, que para L. Stone puede constituir uno de los catalizadores más poderosos de la actividad subversiva. Pronto veremos como este principio pudo jugar un importante papel en los movimientos de la época romántica.

Sin embargo, no se puede aplicar a los movimientos revolucionarios comprendidos entre 1815 y 1848 un condicionamiento coyuntural invariable: sería preciso un estudio desglosado por ciclos. En el que rodea al año 1820 puede encontrarse una situación regresiva, que tal vez pudiera contribuir a explicarnos sus reiterados fracasos y el robustecimiento de las fuerzas de la Alianza y el sistema Metternich; en el de 1830, se acusa una inflexión, y el de 1848, aunque en medio de una grave crisis, tiene lugar ya bajo un “trend” francamente positivo de la onda larga. Sería cuestión de analizar detalladamente concordancias y discordancias entre la fenomenología de cada ciclo, para tratar de establecer posibles dependencias coyunturales, o bien para rechazar por inservibles muchas de las que hoy no pasan de ser simples hipótesis. El estudio de la coyuntura económica conviene hacerlo,

²⁹ *Anatomía de la revolución*, 50.

³⁰ L. Stone en art. cit., y también en su estudio sobre la revolución inglesa, en *Revoluciones y rebeliones...* 78 ss.

³¹ V. Titone, *Teorica della Rivoluzione*, Palermo, 1944, 90.

³² J. Reglá, “Los movimientos acelerados”, en *Introducción a la Historia*, 123.

³³ J. W. Smit, en *Revoluciones y rebeliones*, ed. Madrid 1972, 47. Sobre la ley de las expectativas frustradas, puede verse también *ibid.*, 47 y 49.

para nuestro objeto, en función de la coyuntura social. Es evidente que todas las revoluciones de la era romántica —como ya, también, las del ciclo anterior— tienen un mucho de “revoluciones burguesas”. Pero la palabra *burguesía* es (y cada vez más) tan delicuescente, que se hace preciso un desglose por niveles y por profesiones. La propia documentación de la época permite, en muchas ocasiones, una distinción profesional que muchos coetáneos supieron apreciar. El estado-resumen que de las actitudes colectivas nos presenta R. Sánchez Mantero, de acuerdo con los informes de los prefectos franceses en 1822,

	<i>Realistas</i>	<i>Liberales</i>
Aristócratas	5	1
Propietarios	6	5
Clero	5	4
Intelectuales, estudiantes	0	7
Profesiones liberales	8	20
Militares, <i>demi-solde</i>	7	11
Comercio, Industria	2	34
Empleados	0	2
Obreros, artesanos	11	1
Campesinos	15	2

nos ofrece una base clasificatoria a partir de la cual se puede empezar a trabajar, y que nos ilustra, ya desde el comienzo, acerca de cuál es la extracción social-profesional de los que desean la revolución, y cuál la de los contrarios. El esquema resulta excesivamente simplista, sobre todo en lo que respecta a la primaria división en dos solas tendencias³⁴; pero es susceptible, conforme el estudio avance, de progresivos perfeccionamientos.

Intelectuales, industriales, artistas, comerciantes, profesionales, militares, estudiantes, empleados: el elenco es demasiado amplio y disperso para que podamos encerrarlo en una sola palabra, siquiera sea ésta *burguesía*. Y aún así, es preciso un estudio particularizado por ciclos, para confrontar la correspondiente extracción de los partícipes.

De los tres ciclos que comprende propiamente la era revolucionaria del romanticismo —el de 1820, el de 1830 y el de 1848— tenemos, por lo general, la impresión de que el primero es el más simple en cuanto a elementos que lo componen, y el último el más complejo. Aunque la investigación puede depararnos todavía muchas sorpresas, parece comprobarse que se opera con el tiempo un proceso de sucesiva agregación de elementos: ya sea como consecuencia de la creciente proletarización de las masas trabajadoras a que abocan los fenómenos de la capitalización y la industrialización en gran parte de Europa; de la progresiva emancipación cultural y de iniciativas en clases durante mucho tiempo inertes; de los avances de la demagogia, del contagio de los ejemplos revolucionarios, o de otras causas cualesquiera: probablemente múltiples.

³⁴ Como ya advierte el actor, en *Las conspiraciones liberales en Francia* 50-51.

Pero conforme este proceso de agregación se confirma en hechos de una mayor complejidad, es preciso distinguir cada vez más entre los que idean la revolución y luego la dirigen (o pierden su control), y los que efectivamente la llevan a cabo en la calle y en la realización subversiva de enfrentamientos, grupos que deben tener sensible relación con los dos tipos de revolucionarios a que alude Labrousse: los "creyentes" y los "flotantes"³⁵. En tal caso, conviene aclarar si la agregación de elementos se basa exclusiva o casi exclusivamente en la facción "flotante", con lo que el meollo de las "revoluciones burguesas" no habría evolucionado tanto como parece a primera vista. Aparte de que, y sobre todo en el ciclo de 1848, la revolución política enmascara o da nombre a una revolución social, que sería, ya, otra parte de la historia.

Por último, no es posible prescindir de otros grupos que constituyen como el carburador de la máquina revolucionaria. Uno de ellos es el elemento militar, que resulta ser, sobre todo, el eje central de los "pronunciamientos" del ciclo de 1820. A tal tipo de golpes nos referiremos enseguida y estamos seguros de que la intervención del profesor Godechot en estas mismas Jornadas, sobre *le Modèle des Pronunciamientos* contribuirá a aclararnos muchas de sus particularidades. Pero aquí es preciso notar que la intervención del militar añade a la revolución algo más que lo que le proporciona la intervención del abogado, o del empleado, desde el momento en que el militar participa *profesionalmente* en el golpe, como no lo hacen los otros, y confiere a su desencadenamiento un componente de fuerza, que puede modificar su destino. Son los militares quienes, muchas veces, deciden el éxito de la revolución. Y aunque su participación no sea masiva —en ocasiones sumamente minoritaria— dentro de los cuadros de un ejército, da la impresión de que es "el ejército" el que ha hecho la revolución. En países en que la burguesía civil es francamente débil para realizar en sus resultados la revolución burguesa —tal es el caso de España— la intervención militar se mantendrá por mucho tiempo³⁶; en otras partes tenderá a disminuir: pero tanto en los sucesos de 1830 como en los de 1848 es fácil encontrar por todas partes la presencia de militares.

En la intervención del elemento castrense es preciso distinguir, por lo menos, dos factores incitativos. Uno de tipo social; otro, digámoslo así coyuntural. La previa revolución en Francia, extendida luego fácticamente a gran parte de Europa, y las guerras napoleónicas, favorecieron la proliferación de un militar de extracción no nobiliaria, menos apegado a las tradiciones del Antiguo Régimen que el antiguo oficial de sangre y de academia. Sobre este hecho se precipita la coyuntura, la paz general y el arrinconamiento de los recuerdos gloriosos de la batalla. Aquí juega, qué duda cabe, la "ley de las expectativas frustradas". Los militares, a partir de 1815, sufren en toda Europa un complejo de frustración: los guerri-

³⁵ Cfr. E. Labrousse, en su versión española, *Fluctuaciones económicas e Historia social*, Madrid, 1962, 471-472.

³⁶ Vid. "El poder militar" en mi estudio sobre *Los moderados en el poder*, Madrid, 1970, 157 ss.

llos en España, *les demi-solde* en Francia³⁷, los muratistas en Nápoles. Su descontento es profesional, luego moral, y acaba siendo político. Los protagonistas de las guerras napoleónicas se convirtieron luego en el eje del protagonismo de los *pronunciamientos*. Hasta en los países que menos activamente habían participado en la guerra. Así, en Polonia nos encontramos a un Ramorino, que había servido en la *Grande Armée* o a un Langemann, que con las tropas prusianas se había distinguido en Lutzen y en Bautzen. Grecia quedó lejos de la gran conflagración, pero el primer *pronunciado* heleno, Ipsilanti, fue un oficial que había combatido en los ejércitos zaristas.)

Al lado del grupo de militares que conspiran o se levantan —y muchas veces en su propio seno— es frecuente que funcione la sociedad secreta. El análisis de las sociedades secretas como equipo conspirador queda fuera de las posibilidades de este estudio³⁸. Pero basta recordar que la masonería, la carbonería, la comunería, las Burschenschaftan, las sociedades de amigos, Los Reformadores, los iluministas, se extienden, en unos casos o en otros, por todo el mapa de Europa, de Lisboa a San Petersburgo; y en todas partes, poco o mucho, conspiran. Realmente, no es fácil precisar si ha de considerárseles como fermento de la revolución, o más bien como instrumento de la revolución misma. Está claro que muchos de los que en ellas prepararon golpes revolucionarios ingresaron en sus filas como un recurso para poder maquinar más fácilmente. En España, el hecho está demostrado³⁹ hasta por boca de muchos de los conspiradores; y creemos que no será difícil llegar a la misma conclusión en otros casos.

En este sentido, cabe hablar de una intromisión foránea que desvirtuó el espíritu de muchas sociedades secretas y las apartó de su auténtico y primitivo fin. La vaga ideología deísta y el objeto filantrópico que les eran propios en el siglo XVIII quedaron superados o arrasados por la irrupción de los intrusos revolucionarios románticos. Sin que se deba negar por sistema una posible evolución interna, acorde con las nuevas mentalidades colectivas, en el seno de las sociedades secretas.

Pero el hecho es que tales organismos se prestaban admirablemente a la hora de la preparación de la revuelta romántica. Su carácter oculto permitía una forma de clandestinidad organizada. Sus vínculos y sistemas jerárquicos ataban con más fuerza a los comprometidos. Sus redes de logias

³⁷ Para los militares ex-guerrilleros, vid. mi monografía *Los primeros pronunciamientos en España*, Madrid, 1959, especialmente págs. 44-54 y 142-147. Sobre los *demi-solde*, véase J. Vidalenc, *Les demi-solde, Etude d'une catégorie sociale* Paris, 1955. Parte de las tesis de Vidalenc han sido enriquecidas o retocadas por el posterior trabajo de R. Sánchez Mantero *Las conspiraciones liberales en Francia*, 68 ss.

³⁸ Para el tema son útiles, entre otros, Gaston-Martin, *Manuel d'histoire de la franc-maçonnerie*, Paris, 1932; V. de La Fuente, *Historia de las sociedades secretas*, 3 vols. Barcelona, 1933; M. Fernández Álvarez, *Las sociedades secretas y los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, 1961; E. Lenhof, *Historie des sociétés politiques aux XIX et XX siècles*, Paris, 1934; J. Palou, *La Franc-maçonnerie* Paris, 1964; G. Leti, *Carboneria e massoneria nel Risorgimento italiano*, Génova, 1925; P. Pieri, *Le società segrete ed i moti degli anni 1820-1821 e 1830-1831*, Milán, 1931.

³⁹ Vid. J. L. Comellas, *Los primeros pronunciamientos...* 116-140.

y ventas permitían el contacto entre núcleos diversos con un fin común. Y, sobre todo, el misterio, el rito, la frondosa simbología, los “juramentos lacrimosos” a que alude Jover, eran una tentación irresistible al temperamento romántico. Italia, España y Portugal presenciaron la máxima actividad revolucionaria de las sociedades secretas, por esta época. Pero tampoco se vieron libres de ellas Francia, Bélgica, Alemania, Hungría, Polonia o Rusia.

La investigación ha de progresar todavía mucho en el estudio del alcance y eficacia real de estas organizaciones y de las posibles relaciones entre ellas. Su historia ha sido con frecuencia desfigurada intencionadamente, ya para magnificar su papel revolucionario, ya para negarlo en absoluto. Ninguna de estas exageraciones es posible ya en el estado actual de la investigación, para la época romántica. Pero quedan muchas precisiones por hacer, y el trabajo se impone, tanto en torno a las fuentes procedentes de las propias sociedades —en general escasas, desiguales y nebulosas— como las procedentes de sus enemigos, siempre más abundantes, pero defectuosamente informadas. La documentación de la Policía —la serie F 7 de los Archivos Nacionales de Francia, los Papeles Reservados de Fernando VII, y la Sección de Inquisición del A.H.N. en España—, han depurado y pueden seguir proporcionando importantes hallazgos.

Los ciclos.

Uno de los rasgos que más llaman la atención en el proceso revolucionario del siglo XIX es su tendencia a disponerse en ciclos. Prescindiendo del gran movimiento de apertura, a fines del XVIII y principios del XIX, que es el más diacrónico de todos (Estados Unidos, 1776; Francia, 1789; España, 1810), y que no entra claramente en la serie romántica, tenemos que la mayor parte de los hechos revolucionarios encajan en tres ciclos bien dibujados: el de 1820, el de 1830 y el de 1848. Es cierto que se dan intentonas —así la decembrista en Rusia, 1825, o el pronunciamiento del coronel Vaudrey en Francia, 1836, que no encajan cronológicamente en el esquema. Pero no se trata de que la potencia revolucionaria en los entre-actos, se reduzca a cero, sino que es evidente que alcanza tan solo un mínimo. En torno a 1820, 1830 ó 1848 son más frecuentes las revoluciones que en las simas intermedias. Ni parece que sea imposible adscribir muchos de estos movimientos intermedios a un ciclo determinado, mediante el estudio detenido de su tipología dominante, una vez establecidos los modelos más arquetípicos de cada cresta. Por supuesto, nunca será posible reducir la clasificación a una simple cuestión de fórmula, ni demostrar que cada intentona revolucionaria, haya de girar por fuerza en torno a la pulsación de un ciclo.

La disposición periódica de las oleadas revolucionarias —con una cresta elíptica en 1839, que no se habría plasmado en hechos generalizados— nos permite contemplar la revolución al ritmo de la coyuntura ⁴⁰. No cabe

⁴⁰ Labrousse, en *Commet naissent les Révolutions*, fue sin duda el primero en generalizar la relación entre ciclos, económicos y ciclos revolucionarios; tuvo sin embargo,

duda de que lo coyuntural es un factor muy importante a tener en cuenta, siempre que no caigamos en la exageración de considerarlo el único. La relación de las oleadas revolucionarias de la época romántica con el ciclo decenal parece evidente; también lo es la repetida afirmación de que “cada diez años hay una crisis económica, pero no hay una revolución cada diez años”⁴¹. La coyuntura podría tomarse aquí como un “precipitante”, eficaz siempre que se den las “precondiciones” necesarias, y que cualquier hecho dependiente de las libres decisiones humanas actúe como “disparador”. Por consiguiente, se explica que las fechas centrales del ciclo registren un máximo de la onda revolucionaria, sin aglutinar necesariamente a todas las revoluciones. Las crisis acentúan la proclividad a la revuelta, pero no son la “causa” que las provoca, o por lo menos no son la única causa. De modo que la coincidencia de las revueltas con las crisis es sólo una verdad estadística, no aplicable por necesidad a cada caso concreto.

Otro motivo puede encontrarse en la tendencia de las revoluciones a la simultaneidad, y ésta dentro del campo de la psicología colectiva de los grupos: es la *fuerza del ejemplo*. Efectivamente, revoluciones por mimetismo —como actitudes de cualquier otro tipo— las ha habido siempre en la Historia, y la fuerza de la imitación puede ser tan efectiva como la de la coyuntura a la hora de explicarnos el fenómeno de la simultaneidad. Son frecuentes los casos en que un grupo indeciso se lanza a la acción al contemplar el arrojito —y sobre todo el éxito— de otros grupos. Respecto de los alzamientos españoles de 1820, he hecho ver cómo se pasa del recelo a pronunciarse los primeros, a la fiebre de los pronunciamientos⁴². Pero, a su vez, el triunfo de la revolución en España incitó movimientos similares en Portugal, Nápoles y Piamonte: tan similares, que tomaron como modelo la Constitución española, a tal extremo llegó el prurito imitativo. Aquí, la revolución del vecino es no sólo ejemplo, sino estímulo para la propia revolución.)

Un tema sobre el que debe de centrarse de una vez la investigación es el de las posibles interconexiones entre los revolucionarios de distintos países dentro de cada ciclo. Aquí entra la vieja polémica entre los partidarios de la “espontaneidad” y los del “complot”; pero ya no a nivel nacional, sino al internacional. En efecto, ya en la propia época en que se produjeron los hechos, la llamativa simultaneidad, y la similitud de muchas características abonaron la acusación de los antiguos regímenes contra una “confabulación de los revolucionarios de toda Europa”. La *hipótesis del complot* ha retrocedido muchos pasos desde que se iniciaron las investigaciones a nivel científico, y se encuentra hoy día francamente maltrecha. De todas formas, conviene recordar con humildad que aún no se ha dicho la última palabra; y no debemos incurrir en el error de ocultar un mito

la precaución de no hacer depender los movimientos subversivos exclusivamente del factor económico. Lo político y lo social serían los otros vértices del triángulo en que la revolución se inscribe.

⁴¹ Además de la ob., cit. de Labrousse, Vid. J. Reglá, “Los movimientos acelerados...”, en ob., cit., 124.

⁴² J. L. Comellas, *Los primeros pronunciamientos...* 337 ss. Vid. tb. *El Trienio Constitucional* Madrid, 1963, 17 ss.

con el espejismo del mito opuesto. Que hay relaciones a nivel internacional, es indudable, y hace años tuve ocasión de analizar algunos de sus aspectos con motivo del intento contraofensivo liberal ante la intervención en España de las fuerzas de la Santa Alianza⁴³. No faltan testimonios de la correspondencia entre conspiradores de España, Francia, Italia y Portugal⁴⁴, aunque muchas veces se quedan en palabras huecas de fraternidad o en vagas promesas de apoyo. El carbonarismo, difundido de Italia hacia Francia, España y Portugal, fomentó la idea de una revolución "europea", o cuando menos latina. Uno de sus disidentes, el célebre general Pepe, fundó en Barcelona la *Sociedad Europea*. En los meses inmediatamente anteriores a julio de 1830, es llamativo el número de emigrados políticos españoles que pasan de Inglaterra a Francia, como si previeran lo que iba a ocurrir; y las ulteriores peticiones de recompensa que hacen a Luis Felipe permiten suponer que su papel en las jornadas de julio no fue exclusivamente de espectadores⁴⁵. También en la revolución polaca de 1830-31 hubo elementos alemanes e italianos. Las revoluciones francesa y española de 1848 no se hicieron de consuno, pero existe correspondencia entre los revolucionarios de ambos países, y consta que los españoles estaban dispuestos a lanzarse a la acción en cuanto lo hiciesen los franceses; aunque tras muchas discusiones no se decidieron a dar el paso hasta el 26 de marzo⁴⁶. Pero estos datos esporádicos e inconexos no abonan la tesis de un *complot* general, y apenas nos permiten afirmar otra cosa que un mutuo conocimiento de proyectos para un número limitado de casos. Sólo una investigación a fondo en diversos archivos de Europa podría modificar —aunque probablemente no en grado decisivo —el actual estado de la cuestión.

El estudio de los ciclos revolucionarios románticos tropieza con una grave dificultad metodológica, como es la rotura del sincronismo entre tiempo absoluto y tiempo relativo. Fenómenos análogos se dan, para cada país, en ciclos distintos, o fenómenos distintos se dan, para diferentes países, en el mismo ciclo. Cuando estallan los golpes de 1820, Francia o España tienen ya una previa experiencia revolucionaria, en tanto que otros pueblos la estrenan. La de 1848 es la tercera "gran revolución" en París, y la primera en Viena. Los sucesos de Austria y los tipos de gentes que allí intervienen pueden recordar a los propios de los primeros ciclos en países con mayor "tradición revolucionaria"; pero esta similitud con los intentos primerizos está modificada por la evolución de las ideas y de las estructuras, que, al fin y al cabo, son las propias de 1848. Es preciso combinar lo sincrónico y lo diacrónico. En cierto modo, existen países hoy cuyas condiciones políticas sociales recuerdan las europeas de la primera mitad del siglo XIX: y bajo estas condiciones sigue produciéndose, por ejemplo, el fenómeno de

⁴³ Cfr. "La internacional liberal", en *El Trienio Constitucional*, 397 ss.

⁴⁴ Puede resultar significativa al respecto la documentación de los legajos 3128 y 3141 de la Sección de Estado del A.H.N. Vid. tb. informes sobre planes para unir a "tous les révolutionnaires d'Europe" en A.N.F., série F 7, 1981, dossier 29.

⁴⁵ Trabajo que está realizando el prof. Sánchez Mantero sobre la emigración política a Francia podrá arrojar probablemente alguna luz sobre el particular.

⁴⁶ Vid. A. Eiras Roel, *El partido demócrata español*, Madrid 1961, 61 ss.; J. L. Comellas, *Los moderados en el poder*, Madrid, 1970, 260-261.

los *pronunciamientos*; pero el *pronunciado* sudamericano o africano de 1973 puede utilizar aviones a reacción, masas proletarias, medios de difusión o teorías políticas que no existían en 1820.

Y no es esta la única dificultad metodológica, puesto que en los ciclos románticos la intrusión de elementos nacionalistas o de grupos de la revuelta social rompe los esquemas y obliga a tener en cuenta un número mayor de circunstancias. Se hace preciso un desglose en tres planos —el político, el nacional y el social— en el estudio de los elementos comunes en cada caso, para poder establecer concordancias o discordancias. A partir de este estudio, será posible emprender nuevos caminos, sobre los planos coincidentes, o respecto de los caracteres específicos.

Más difícil todavía resulta establecer la tipología del acontecimiento revolucionario —el *motín*, el *pronunciamiento*, la *jornada*— dominante en cada ciclo. Aquí habría que tener en cuenta no sólo el grado de madurez de cada una de las sociedades que hacen la revolución, sino la necesidad de una clasificación previa de aquellos tipos de acontecimiento. Sólo cuando sepamos qué es exactamente un *motín*, un *pronunciamiento* o una “*jornada*”, estaremos en condiciones de dar nombre a los hechos. Pero el nombre debe proceder del análisis antes que del prejuicio. Con lo que se nos forma un círculo vicioso, que no creemos imposible de romper, pero que dificulta el estudio de objetivo de nuestro tema. Hoy sabemos ya muchas cosas, algunas sorprendentes, acerca de los movimientos revolucionarios en la época romántica; pero estamos todavía bastante lejos de una comprensión genérica, y mucho de lo que puede decirse a este respecto no pasará de ser un conjunto de hipótesis de trabajo.

a) *El ciclo previo.*

Es un mérito de J. Godechot el haber puesto en evidencia que el fenómeno que alcanza su máxima relevancia la máxima relevancia histórica en los Estados Unidos de 1776-83, o en la Francia de 1789 y años sucesivos constituye en realidad un amplio ciclo revolucionario, común a todo el mundo occidental⁴⁷. Intuída ya la idea por Barnave y Comte, desarrollada modernamente por varios autores norteamericanos, y especialmente por R. Palmer, ha sido llevada al estado de conclusión por el prof. Godechot, en una serie de análisis de hechos concretos ocurridos en países concretos, que nos transforma la Revolución en “las revoluciones”.

Sin embargo, solo simbólicamente podríamos hablar de “ciclo de 1789”. En primer lugar, como ya páginas atrás hemos adelantado, las rupturas o intentos de ruptura se producen en una franja cronológica muy extensa, que va desde los años 70 del siglo XVIII (Estados Unidos, Suiza, Suecia) hasta fines de la primera década del XIX (Cortes de Cádiz, difusión ideológica y extensión revolucionaria por las tropas napoleónicas). Y en segundo lugar, se echa de ver que la fenomenología es tremendamente variada, y va desde la emancipación de los Estados Unidos o la *Grande Revolution*

⁴⁷ J. Godechot, *Las Revoluciones*, versión española, Barcelona, 1969.

francesa a multitud de pequeños sucesos, como la destitución del duque de Brunswick o el motín de parte de la flota británica en el canal de la Mancha, a los que no se podría aplicar sin discusión el calificativo de revolucionarios. Entre los autores, encontramos príncipes, nobles, burgueses, oficiales, soldados, artesanos, campesinos... en abigarrada e inclasificable mescolanza. Y en cuanto a la tipología, hay desde insurrecciones de masas hasta conjuras de grupos sin importancia.

Quizás desde el punto de vista cuantitativo —en absoluto desde el cualitativo— la figura más frecuente sea el “motín”. Tomamos la palabra de una consagrada tradición histórica que designa por antonomasia las revueltas políticas en la España de fines del Antiguo Régimen: tales el motín de Esquilache o el motín de Aranjuez. Podría tener algún interés metodológico tomar como modelo este tipo de “motín” promovido por la nobleza, que utiliza a la masa descontenta para lanzarla contra la monarquía autoritaria⁴⁸. Los casos de Esquilache y Aranjuez son bien significativos, pero no los únicos, y entre ambos —que son justamente el primero y el último— la investigación puede encontrar muchos casos similares. Uno de ellos es la llamada Conspiración de Picornell (1975), hasta ahora tenida por intentona republicana de tipo jacobino, y que un trabajo reciente⁴⁹ demuestra ser promovida por un comité director en el que figuran el conde de Aranda, el duque de Almodóvar, el conde de Teba y el marqués de Colomera, entre otros, para modificar la monarquía de Carlos IV en sentido constitucional. Otras intentonas por el estilo parecen ir asomando en la época de Godoy. En todo caso, la asociación de elementos nobiliarios y masas desheredadas —que van a la revuelta por motivos específicamente distintos— es indiscutible, como también lo es, para los últimos casos, el prurito reformista de los grandes contra la monarquía autoritaria.

¿Podrían así inscribirse los “motines” españoles en el fenómeno que ha dado en llamarse “revuelta de los privilegiados”? Y sea o no sea adecuada la expresión, ¿cabría incluir en el mismo esquema los primeros síntomas de inquietud en Bélgica y Hungría —alentados por la aristocracia—, la deposición de Guillermo V de Holanda en 1786, o el asesinato de Gustavo III de Suecia en 1792? Entre todos estos sucesos (y otros que pudieran encontrarse) existen determinados rasgos de similitud. Si esta similitud alcanza un grado que permita una homologación, siquiera parcial, sólo podrán determinarla una serie de investigaciones sistemáticas. También habrá que aclarar si este tipo de motines señalan la primera fase de la ver-

⁴⁸ Sobre la estructura interna del motín de Esquilache sigue siendo válido el trabajo de V. Rodríguez Casado sobre *La revolución burguesa del XVIII español*, en “Arbor”, t. XVIII, n.º 61. El reciente artículo de P. Vilar *El motín de Esquilache*, en “Revista de Occidente”, n.º 17, febrero de 1972, que trata de reforzar el papel de los factores económicos, no anula la visión de su doble protagonización social, el de la nobleza como cabeza directora y el de la masa como inconsciente instrumento. Idéntico mecanismo para el motín de Aranjuez ha encontrado F. Martí Gilabert, *El motín de Aranjuez*, Pamplona, 1972.

⁴⁹ M. J. Aguirrezábal, *Juan Picornell en los inicios de la crisis del Antiguo Régimen*, tesis de Licenciatura leída en la Facultad de Letras de Sevilla, septiembre 1972. En curso de publicación.

dadera revolución, y en qué casos y por qué causas no alcanzan este definitivo estadio. Como indicativo metodológico para el acceso a los ciclos posteriores, su estudio sería también útil.

b) *El ciclo de 1820. Aproximación al pronunciamiento.*

La tipología revolucionaria del ciclo de 1820 aparece mucho más homogénea. Podríamos incluir las intentonas de Mina, Porlier, Richart, Lacy, Vidal y Quiroga-Riego en España⁵⁰; las de Gomes Freire y del campo de San Ovidio en Portugal⁵¹; las de Didier, del Bazar, de Saumur, de Belfort y la de los Cuatro Sargentos de La Rochela en Francia⁵²; la del general Pepe en Nola (Nápoles), y las de Ansaldi Collegno, y Santarosa en el Piamonte, para Italia⁵³. En Rusia se produce en octubre de 1820 un intento de *pronunciamiento* por parte del coronel Schwarz; aparte del oscuro movimiento decembrista en 1825⁵⁴. La inclusión en el ciclo de la conspiración de Cato Street (Londres, primavera de 1820), resultaría posible, aunque discutible; más discutibles como hechos revolucionarios serían las agitaciones estudiantiles de 1819-20 en Alemania, de las que no existieron más actos realmente violentos que los atentados de Sand contra Kotzebue y de Löning contra Von Ibell.

Lo que más llama la atención en el conjunto es la individualidad y la esporadicidad de los intentos. Estos se escalonan en un serie de golpes breves y consecutivos, que fracasan rápidamente —en Francia todos— e insisten en la misma empresa, hasta el triunfo definitivo, en 1820 (España y Portugal) o en 1821 (Italia). Esta *individualidad* se potencia por el hecho de su *individualismo*: en la mayoría de los casos, el intento tiene un jefe indiscutible —que pasa muchas veces al santoral de los “héroes románticos”—, y, es más, con frecuencia se da a la revolución o intento de tal el nombre de ese jefe: “la conspiración de Didier”, “el pronunciamiento de

⁵⁰ Cfr. J. L. Comellas, *Los primeros pronunciamientos en España*, Madrid, 1959; Vid. tb. monografías que tocan marginalmente el tema, como F. Suárez, *La crisis política del Antiguo Régimen en España*, Madrid, 1958; o J. Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta*, Barcelona, 1971. También P. Ramos, *La conspiración del Triángulo*, Sevilla, 1971.

⁵¹ Vid. Raul Brandão, *A conspiração de Gomes Freire*, Porto, 1922; A. Ferrão, *Gomes Freire e as virtudes da raça portuguesa*, Coimbra, 1920; F. Piteira Santos, *Geografia e Economia da Revolução de 1820*, Lisboa, 1962, Visión moderna en breve esquema, el artículo *vintismo*, de J. Serrão, en el *Dicionário de Historia de Portugal*, IV, Porto, 1971, 321 ss.

⁵² Vid. J. Vidalenc, *Les demi-solde*, Paris, 1955; G. Bertier de Sauvigny, *La Restauration*, Paris 1955; R. Sánchez Mantero, *Las conspiraciones liberales en Francia (1815-1823)*, Sevilla, 1972.

⁵³ Cfr. entre otros, A. Colombo, *S. Santarosa*, Florencia, 1940; N. Cortese, *La prima rivoluzione separatista siciliana, 1820-21*, Napoles, 1951; G. Romani, *The Neapolitan revolution of 1820-21*, Evanston, 1951. Obras de conjunto útiles al caso son las de G. Spellanzon, *Storia del Risorgimento e dell'unità d'Italia*, Milan, 4 vols., 1933-1938, y la moderna de G. Candeloro *Storia dell'Italia moderna*, Milán, 1964, vol. III.

⁵⁴ Vid. A. G. Mazour, *The first Russian Revolution, 1825*, Berkeley, 1937; F. Venturi, *Il moto decabrista e i fratelli Poggio*, Torino, 1956; M. Wolskowsky, *Die Dekabristen*, Zurich, 1946; M. Zetlin, *The Decembrists*, Nueva York, 1958.

Lacy", "la revolución de Gomes Freire", etc., etc. De todas formas, no conviene exagerar los rasgos individualistas en lo que se refiere a la preparación del golpe; tales rasgos aparecen más claros en los intentos primerizos (el de Didier en Francia, el de Mina en España), cuando puede decirse que la iniciativa parte de una sola persona; pero en las series largas, es frecuente que el fracaso de los casos precedentes aconseje anudar mejor los cabos y ampliar la organización. Las revoluciones que en 1820-21 triunfan en Italia, Portugal y España son ya, preponderantemente, obra de comités; si algunas de ellas cuentan con un héroe específico —Riego en Cádiz, Santarosa en Piamonte— su consagración es *a posteriori* y no se trata siquiera del más importante de los conspiradores.

Desde el punto de vista del brazo ejecutante, tanto en Francia como en España, como en Italia, como en Portugal, como en la misma Rusia, es invariablemente el elemento militar. El ciclo de 1820 se constituye así en el más claro exponente del fenómeno *pronunciamiento*, si admitimos que esta palabra significa "golpe militar con fines políticos"⁵⁵. La época es ideal por tanto, para el establecimiento del modelo histórico de *pronunciamiento*, y para determinar sus caracteres genéricos.

Pero no puede olvidarse que, al mismo tiempo, el *pronunciamiento* es el resultado de una previa *conspiración*. En los primeros estadios, en que predominan los impulsos individualizados, la iniciativa personal tiene más fuerza que el previo acuerdo; conforme el *comité* va presidiendo las decisiones, cobra volumen la conjura, de la que el golpe en sí no es más que la única suerte de la aventura emprendida. Es perfectamente conocida la participación del Gran Oriente de Granada o del *Soberano Capítulo* y el Taller Sublime de Cádiz en la fase final de la serie española; o el *Comité Director* y las *ventas* locales en el paralelo estadio francés; la del *Sinedrio* en la revolución portuguesa de 1820, la de los carbonarios en Nápoles y la de éstos y los *adelfi* en Piamonte. Es probable que nunca las sociedades secretas hayan tenido tan importante papel en la preparación de sucesos revolucionarios como en el ciclo de 1820. En la investigación habría que distinguir por tanto dos elementos, en cierto modo contrapuestos, pero en el fondo complementarios: el *pronunciamiento*, que refuerza los rasgos individuales, y la *conspiración* que refuerza los colectivos. Ambos son específicamente románticos.

La investigación no ha dicho la última palabra. Pero pueden realizarse ya homologaciones con amplias probabilidades de éxito⁵⁶, y señalarse las directrices más útiles a seguir.

c) *El ciclo de 1830. Un despliegue burgués.*

El ciclo de 1830 es mucho mejor conocido en lo que se refiere a su vi-

⁵⁵ Vid. J. L. Comellas, *Los primeros pronunciamientos...*, 23.

⁵⁶ R. Sánchez Mantreó, ob. cit., 235-237, establece hasta ocho conclusiones homologables entre los casos de Francia y España. Observaciones sobre el paralelismo de procesos homólogos en España y Portugal para la época, en la tesis doctoral de J. M. Rodríguez Gordillo, *El gobierno de Fernando VII y los orígenes del migueísmo portugués*, leída en la Universidad de Sevilla, febrero, 1973.

sión de conjunto⁵⁷. El hecho de que la revolución triunfara en Francia y Bélgica, y modificara la distribución de fuerzas en Europa, parece que ha contribuido a multiplicar los estudios. Por otra parte, los hechos aparecen bien localizados, y se registra entre ellos una notable simultaneidad. En julio de 1830 tiene lugar la revolución en París; en agosto le sigue Bruselas, y en noviembre Varsovia; en enero de 1831 ocurre la intentona de Torrijos en España, y en febrero las revueltas de Parma, Modena y Romaña. A fines de 1830 y comienzos de 1831 se suceden los motivos en distintas comarcas suizas; en el mismo año se consagra en su forma definitiva el constitucionalismo heleno, y algo por el estilo pretende, aunque inutilmente, en Alemania la Convención de Hanbach, en mayo de 1832, después de una serie de asonadas urbanas durante los dos años anteriores. Francia, Bélgica, España, Italia y Polonia son los casos más claros; los demás constituyen ecos menos dibujados, aunque siempre significativos.

(Frente a esta precisa concentración cronológica, el ciclo de 1830 ofrece una tipología bastante difusa, e incluso dispersa. En Francia o Bélgica se da la revolución de la burguesía media —el típico “contribuyente de los 299 francos”—, desbancado muchas veces, incluso, a última hora, por elementos altoburgueses; en España ocurre todavía un típico pronunciamiento; en Italia o en Polonia se funden el constitucionalismo con el nacionalismo. En todas partes se echa de ver la participación medioclasista y la tendencia a regímenes moderados de naturaleza doctrinaria. La salida a flote de la burguesía conquistadora se acusa claramente en toda Europa occidental; e incluso en países donde la revolución fracasó, se acaba procediendo a reformas internas que consagran el nuevo *status*; así el vuelco, consentido por el propio Fernando VII, que siguió en España a los “sucesos de La Granja”, en 1832; o la reforma electoral británica de este mismo año, que sirvió para acallar las inquietudes que en Inglaterra se registraban desde dos años antes: en una y otra parte, la media burguesía quedaba instalada en el poder, aunque tuviera que compartirlo con estratos más altos.

El ciclo de 1830 convendría estudiarlo, por tanto, a la luz de su característica más común, como es el despliegue definitivo de los burgueses de Europa occidental hacia el puesto de mando. Habrá de analizarse el mecanismo que provocó el colapso del sistema de la Restauración, el acceso al cénit vital de la generación romántica (el estreno de *Hernani* o de la Sinfonía Fantástica también son revolución de 1830); y, por supuesto, las motivaciones de coyuntura que abonan nuevas causas de malestar, o promueven los primeros asomos de la protesta social.

En este sentido, 1830 marca un hito definitivo. Por un lado, señala la decadencia de la conspiración, para dar paso a la agitación. En Italia, el fracaso de las intentonas de 1831 hirió gravemente a las sociedades secre-

⁵⁷ Vid., entre otras monografías, el t. VI (1931) de la “Revue Historique”, dedicado íntegramente a la revolución de 1830; E. de Guichen, *La révolution de juillet de 1830 et l'Europe*, París, 1917; R. Demoulin, *La Révolution de 1830*, Bruselas, 1950 (centrada en el caso belga); W. Tokarz, *Le soulèvement de Varsovie*, Varsovia, 1930; B. Lesnodorski, *Polscy Jakobini*, Varsovia, 1960; G. Ruffini, *Le costo*, Torino, 1951; A. Sorbelli, *L'epilogo della rivoluzione del 1831* Modena, 1931.

tas, sustituidas en gran parte por las sociedades patrióticas del Risorgimento. En Francia, la sociedad secreta fue derrotada en el curso de la propia revolución, y nada se aprovechó de ella. En España, la masonería entra en franca decadencia por los años treinta, y los brotes subversivos ya poco o nada tienen que ver con las logias. En cambio, la proliferación de sociedades patrióticas es evidente. Muchas de ellas, como símbolo del nacionalismo que se consagra y de la irrupción de una generación nueva, llevan el adjetivo "joven" ante el nombre de la patria: *Joven Italia*, *Joven Alemania*, *Joven Suiza*, *Joven España*, *Joven Inglaterra*, y hasta una *Joven Europa*.

(La figura central de la sociedad patriótica ya no es el conspirador, como en la secreta, sino el *agitador* descrito en pocos, pero definitivos rasgos por J. M. Jover, como "mitad político, mitad literato... protagonista de la bohemia..., inquieto, luchador, con una fe sin límites, si no en sus ideas, sí en sí mismo...". Desde entonces, añade el mismo autor, "el motín, convertido en *jornada*, prescinde ya del pronunciamiento"⁵⁸. La afirmación, válida para España, parece que podría ensayarse para otros países con ciertas probabilidades de éxito. En tal caso sería interesante buscar una homologación de la figura que en nuestro país llamamos *jornada*, y que podría quedar definida como una revuelta por lo general civil y urbana, en que se mezclan la organización con el pillaje y los elementos políticos con los sociales. Con la diferencia de que los primeros, dependientes de aquellos estratos de la burguesía que aún no han alcanzado su oportunidad, tienen un programa definido; en tanto que las masas, movidas por el hambre, las condiciones de trabajo o el desempleo, carecen de cabeza propia y se lanzan a la calle buscando su provecho, pero defendiendo *de facto* programas ajenos. La figura del *agitador* es en este momento absolutamente necesaria.)

En España encontramos *jornadas* típicas cuando los sucesos de 1834, que culminaron con la matanza de frailes en Madrid o los saqueos de Barcelona; o bien los de 1836, que devolvieron el poder a los progresistas. En Francia abundan las agitaciones sociopolíticas entre 1831 y 1834, para retoñar con fuerza a fines de la década; la del 12 de mayo de 1839 es una típica "jornada", en la que no faltan la figura del agitador ni las escenas de pillaje. En Francfort, estudiantes y artesanos luchan unidos en las violentas escenas del 3 de abril de 1833, en que se registra una copiosa nómina de muertos y heridos por primera vez en la historia de la revolución liberal alemana. Los incendios que subsiguieron en otras partes del país son un elemento no menos típico de la *jornada*. También en la italiana revuelta de l'Aquila (septiembre de 1841) participaron elementos de todas las clases sociales, (desde el barón Ciampolla hasta pobres jornaleros), cada cual con su estilo y su objeto; aunque la subversión tenga aquí, por mor del nacionalismo, ciertos caracteres especiales.

En otras palabras, si no es posible tipificar en cuanto a formas de manifestación la revolución de 1830 propiamente dicha, parece que los sucesos

⁵⁸ *Conciencia obrera y conciencia burguesa...* 24-25.

de aquel año abrieron las puertas a una forma, que convencionalmente hemos dado en llamar jornada, y de la que parecen participar una serie de sucesos revolucionarios posteriores (en algunos casos particulares, también tienen algo de "jornada" las ocurrencias de 1830). La apertura a este nuevo tipo de suceso quizá se comprenda mejor si estudiamos el significado que dentro de las tensiones sociales puede tener la definitiva toma de poder por parte de la burguesía. El triunfo del tercer estado dejó al descubierto la realidad independiente del cuarto estado. Y el enemigo de este último no eran ya tanto los privilegiados como la burguesía enriquecida, a la que Guizot animaba a enriquecerse todavía más. Este cambio de planteamiento tensorial es importante; pero la *jornada* tiene todavía una importante componente burguesa —el *agitador* suele ser un intelectual fracasado, o un idealista— porque el doctrinarismo de los años treinta no incluye a todos los que por cultura o por vocación se sienten miembros de las clases medias. Convendría estudiar el carácter mixto que tienen muchas de estas revueltas esporádicas, a veces rabiosas y casi siempre breves, que siguen a 1830.

Con la década de los 40, se consagra más y más la componente social, movida por las crisis industriales, la creciente proletariación, las malas cosechas y la difusión de doctrinas socialistas. El motor de la "conciencia social de miseria", unido al motor de la conciencia del derecho y la justicia, cuya reclamación está ya al alcance de todos⁵⁹ van agregando a los movimientos revolucionarios nuevos elementos integrantes, hasta desembocar en el gran complejo histórico de 1848.)

El ciclo de 1848. Fin de la época de las revoluciones.

Es inútil pretender describir en unas palabras los caracteres específicos de la revolución europea de mediados de siglo. La abundantísima bibliografía al caso, tanto sobre aspectos generales como sobre temas monográficos, da cuenta ya de la madurez de nuestro actual estado de conocimiento⁶⁰.

Prescindiendo de algunas *jornadas* previas, (si merecen siquiera ser incluidas en la figura de tales), carentes de organización, generalmente

⁵⁹ Cfr. J. B. Duroselle, *Europa...* 12, ss.

⁶⁰ Entre los innumerables títulos editados, pueden recomendarse: la copiosa colección "Bibliothèque de la Révolution de 1848, Paris, 1948 y siguientes, hasta los años 60: contiene docenas de títulos de las más variadas orientaciones; *Actes du Congrès de Histoire de la Révolution de 1848*, París, 1949, que inserta diversos trabajos, entre ellos el de Labrousse varias veces citado en págs. anteriores, y que ya se ha hecho clásico; J. Dantry, *Histoire de la Révolution de 1848*, París, 1948; F. Ponteil, *La revolución de EFGF*, edic. española, Madrid, 1966; P. Robertson, *Revolutions of 1848; a social history*, Princeton, 1967; R. Postgate, *History of year 1848*, Londres, 1955; J. Droz, *Les révolutions allemandes de 1848*, París, 1957; V. Valentín, *Geschichte des Deutschen Revolution*, 1848-1849, Berlín 2 vols., 1930-1931; L. Salvatorelli, *La rivoluzione europea*, 1848-49, Milán, 1949; L. B. Namier, 1848, *The Revolution of the Intellectuals*, Londres, 1949; para las revueltas obreras subsecuentes, J. Dolleaux, *Historia del movimiento obrero*, edic. española, Barcelona, 1969.

rurales, tipo pequeña *jacquerie*, registradas sobre todo en Francia⁶¹, los principales sucesos revolucionarios se produjeron en las fechas y lugares siguientes:

22-24 febrero, París; 5 marzo, Turín; 13-15 marzo, Viena ("sobrerrevolución", 15 de mayo); 14 marzo, Roma; siguen inmediatamente Nápoles y Florencia; 18-19 marzo, Berlín; también 18-19 marzo, Venecia; 24 marzo, Parma - Modena; 26 marzo, Madrid: Siguen inmediatamente Barcelona, Valencia y Sevilla; nuevo intento el 7 mayo; 27 marzo, Hungría; abril, Bohemia. Se prescinde de otros hechos subsecuentes o de carácter menos sonado. La geografía de la crisis es la más amplia de toda la serie, y la cronología, la más restringida; por lo que la simultaneidad casi resulta sorprendente. Salvo el caso de Bohemia, la revolución se operó en toda Europa occidental y central en el plazo de treinta días.

A juzgar por la concentración de los hechos, hubiérase dicho que el movimiento estuvo perfectamente sincronizado por una amplísima organización; pero salvo casos de contactos aislados, y de conocimiento recíproco de los planes, la sincronía nada tiene que ver con la interrelación y absolutamente nada con la dirección común⁶². (El factor principal de la coetaneidad, aparte de lo simultáneo de la crisis precipitante, fue la reacción "en cadena", acelerada por el aumento de los medios de difusión. El proceso de imitación se hizo vertiginoso, aunque las formas no son idénticas en todas partes. En París ocurrió una gran revolución, y en Londres la crisis no pasó de unas cuantas alteraciones del orden. En Francia, Italia y España, se observa la participación de masas obreras, mientras que en Alemania y en Austria predominan los intelectuales, profesionales y estudiantes. En Italia hay revueltas preponderantemente burguesas, en tanto que otras —como la de Palermo el 12 de enero— tienen mucho que ver con la desesperada situación de las masas necesitadas.

El hecho es que el gigantesco ciclo de 1848 estuvo presidido por una crisis a nivel europeo, y que en él se conjugan, de acuerdo con el tan aceptado esquema de Labrousse, factores políticos, sociales y económicos, en un triple haz, e íntimamente imbricados entre sí ("la crisis política va a dar a la crisis social un objetivo político, y la crisis económica dará a la crisis política una inmensa fuerza social"). Un cuarto elemento, el nacionalismo, habría de ser añadido a este complejo al Este del Rhin y al Sur de los Alpes. Pero en medio de tan complicado número de factores, no parece que sea difícil determinar características comunes, entre las que, por supuesto, podría contarse la propia complicación. Seguramente podría sostenerse la afirmación de que en el ciclo de 1848 las diferencias son más de cantidad que de forma. Quizá el modelo a verificar en un número mayor de escenarios sea el de la *jornada*, con su compañía de agitadores, duplicidad

⁶¹ Vid. R. Gossez, *Aspects de la crise et de la dépression de l'économie française au milieu du XIX siècle* (1846-51), París, 1956 (es el vol. XIX de la "Bibliothèque de la Revolution de 1848").

⁶² Vid. el comentario a este respecto de Ch. Pouthas en *El cénit del poder europeo* (1830-1870), tomo X de la *Historia del mundo moderno* de Cambridge, edic. española, Barcelona, 1971, 287.

burgués-proletaria, y coexistencia de movimientos dotados de organización y programas específicos con otros en que las masas se suman por impulsos biológicos por señuelos entrevistados; y por supuesto, la secuela de las barricadas, el pillaje y los incendios. Sólo que aquí la *jornada* empieza a darse la mano con la insurrección social dotada de cabeza, que pronuncia la época de las organizaciones obreras que prescinden o son capaces de prescindir de la dirección burguesa.

El movimiento triunfó en todas las partes en que se desencadenó, excepto en España. La relativamente escasa movilización de las masas obreras y la energía del general Narváez deben jugar a partes sensiblemente iguales en las razones de este fracaso.) Pero lo cierto es que a la larga aquella espectacular "revolución europea" sufrió un retroceso no menos espectacular, y que a los dos o tres años se había vuelto a formas autoritarias —a veces más que antes de la propia revolución— en todas partes⁶³. La burguesía conquistadora, enriquecida por sus sucesivos asaltos al poder, supo comprender los peligros del asalto del cuarto estado, y se puso automáticamente a la defensa, aunque para ello fuese precisa la alianza de los elementos levantados en el último ciclo con los "colocados" en el penúltimo. Es preciso, por consiguiente, deslindar en los posibles, los componentes políticos de los sociales, así como clarificar cuáles son los grupos que se benefician efectivamente de cada revolución, para comprender sus respectivas posturas. Pero lo que ya parece comprenderse fácilmente es que a partir de 1848 ya no se registraron en la Europa adelantada revoluciones burguesas. También habría que alinear al lado de estas razones el fin de la era de predominio de la economía agraria, más sometida a crisis generalizadas que la de predominio de los sectores secundario o terciario. Desde este punto de vista es perfectamente aceptable la tesis de Labrousse que presenta a la del 48 como última revolución de Antiguo Régimen, en relación con el ciclo agrario.

Por supuesto, seguiría habiendo crisis, como seguiría habiendo revoluciones. Pero a un ritmo distinto, y con una interrelación distinta a la de la época que tratando de insinuar unas cuantas direcciones útiles para la investigación acabamos de comentar. A partir de mediados de siglo, una nueva era histórica estaba en marcha.

⁶³ El epílogo de la obra de Ponteil (vid. nota (60)) es un típico canto elegíaco a la "oportunidad perdida", muy frecuente en autores de todas las épocas, al hacer el balance de la revolución del 48.